

publicado en la revista barcelonesa *Diàlegs*

¿ASÍ QUE AÚN NO SOMOS HUMANOS?

Jorge Riechmann¹

“Se supone un arquetipo utópico, la archiutopía de LA HUMANIDAD, y como uno es sólo prehumano –y aun pequeño-burgués— no tiene a mano para descubrir la utopía más que los casos a los que el tópico cultural siente como ‘sublimes’ y ‘sobrehumanos’, dicho sea con perdón de Mozart, el músico que me es más querido. El culturalismo pequeño-burgués no se da cuenta de la autocontradicción en que incurre: Mozart es tan pre-hombre como Robespierre. Por tanto, la prehumanidad es la LA HUMANIDAD. (...) La negativa a aceptar que los hombres son lo que son y como son, y que ya con lo que son y como son hay bastante para luchar contra tiranías y aberraciones, es la base de todas las memeces y todos los desvaríos de los ideólogos progresistas.”

Manuel Sacristán²

“Pero, quizás, un día,/ antes de que la tierra se canse de atraernos/ y brindarnos su seno,/ el cerebro les sirva para sentirse humanos,/ ser hombres,/ ser mujeres/ --no cajas de caudales/ ni perchas desoladas--,/ someter a las ruedas,/ impedir que nos maten,/ comprobar que la vida se arranca y despedaza/ los chalecos de fuerza de todos los sistemas;/ y descubrir, de nuevo, que todas las riquezas/ se encuentran en nosotros y no bajo la tierra.”

Oliverio Girondo³

Aún no somos humanos

Salir del Paleolítico, pedía el gran prehistoriador francés André Leroi-Gourhan hace más de un cuarto de siglo. Salir de la Edad Media, solicitaba por aquellos mismos años el político socialista holandés Sicco Mansholt, presidente de la Comisión de la C.E.E (Comunidad Económica Europea). En ambos casos –haciéndose eco de temas que resuenan en el joven Marx y en otros lugares ilustres de la historia de la filosofía-- se referían a un progreso moral y cultural que recuperase el terreno perdido frente al progreso tecnológico, que salvase *el desfase*

¹ Jorge Riechmann (Madrid, 1962) es profesor titular en la Universidad de Barcelona (área de conocimiento: filosofía moral) e investigador de ISTAS/ CC.OO. (Instituto Sindical de Trabajo, Ambiente y Salud). Acaba de publicar el ensayo *Cuidar la T(tierra. Políticas agrarias y alimentarias sostenibles para entrar en el siglo XXI* (Icaria, Barcelona 2003) y el libro de poemas *Un zumbido cercano* (Calambur, Madrid 2003).

² Manuel Sacristán, *M.A.R.X. (máximas, aforismos y reflexiones con algunas variables libres)*, edición de Salvador López Arnal, El Viejo Topo, Barcelona 2003, p. 56.

³ Oliverio Girondo, *LO QUE ESPERAMOS*, del libro *Persuasión de los días* (1942), citado según *En la masvida (poemas escogidos)*, colección Ocnos, Barcelona 1972, p. 71.

creciente entre las capacidades morales y las capacidades tecnológicas del ser humano.

Cuando vi en el escaparate de una librería el libro de los prehistoriadores catalanes Eudald Carbonell y Robert Sala, *Aún no somos humanos*⁴, pensé que seguramente se inscribiría en esa tradición de pensamiento. Mi sorpresa fue grande al adentrarme en la lectura de la obra: la “humanización” que proponen estos dos científicos –populares por su participación en las excavaciones de Atapuerca y la redacción de su libro divulgativo *Planeta humano*— es una *tecnificación completa de los humanos para convertirnos en “tecnoseres”* (p. 41).

Enarbolando la bandera de la “modernidad” y el “progresismo” (p. 9), los autores declaran que, gracias la ingeniería genética, “por primera vez traspasaremos la frontera, la auténtica frontera, de nuestra responsabilidad como conciencia planetaria”. Lejos de tratarse de una *responsabilidad de cuidado* --preservación de una biosfera vulnerable y dependiente del hacer humano--, la conciben como una “responsabilidad” de transformación total: “nos referimos a la capacidad de autotransformación como un desafío a las leyes de la naturaleza” (p. 26).

Como lo que ellos llaman la *selección técnica* ha puesto fuera de juego la selección natural (p. 27), los dos prehistoriadores se sienten holgados para dar rienda suelta a la fantasía prometeica más desaforada. “La selección técnica ha llegado a una encrucijada importante. Hasta ahora nos ha servido para adaptarnos con mayor eficacia, pero a partir de ahora nos puede ofrecer, mediante la modificación genética, una serie de ventajas que supondrán un salto cualitativo en nuestra implantación planetaria y galáctica” (p. 27). Se da por sentado que el destino de la especie es la expansión colonizadora extraterrestre (p. 75, 104).

Sin inquietarse demasiado por nimiedades como la falacia naturalista, postulan que “la capacidad de experimentar para lograr mejoras en la adaptación de los humanos es nuestro deber, la obligación propia de una especie que lleva mucho tiempo sirviéndose de la inteligencia operativa

⁴ Eudald Carbonell y Robert Sala, *Aún no somos humanos. Propuestas de humanización para el tercer milenio*, Península, Barcelona 2002.

para superar la selección natural” (p. 26). Ahí es nada: ¡de las elevadas capacidades técnicas de nuestra especie se deduce un *deber* de autotransformación por medio de la ingeniería genética! Como la técnica es humana (en sentido descriptivo), todas las conquistas de la técnica “serán, por derecho, también humanas” (p. 54), ya en sentido valorativo... Un último ejemplo: de la proposición fáctica “tanto los seres humanos como la realidad pueden cambiarse” se infiere la licitud moral de la manipulación genética de los seres humanos y los demás seres (p. 110).

Nada entre la bestia y el ángel

No hay que ver con suspicacia bendiciones tecnológicas como la clonación reproductiva de seres humanos (“estamos seguros de que también llegará el momento de clonar a seres humanos, y no debemos preocuparnos”, p. 29) o los alimentos transgénicos, de los que nadie en sus cabales puede dudar que en el futuro “eliminarán el lastre del hambre” (p. 73, y luego p. 140). La liberación de la mujer tiene que ver, más que con la modificación de relaciones sociales patriarcales, con la invención de úteros artificiales: “una condición *sine qua non* para conseguir una total modernización y humanización es la posibilidad de desarrollar, primero, y socializar, después, las técnicas de fertilización y gestación extrauterina” (p. 65).

En muchos pasos del libro, el lector o lectora se enfrentan a paralogismos que son verdaderos saltos mortales del pensamiento: así, por ejemplo, cuando en la p. 41 los autores defienden que no tenemos otra alternativa que, o bien “convertirnos en tecnoseres” (autotransformados por la ingeniería genética, etc.), o bien “abandonar la técnica y emprender una regresión hacia el pasado”. Uno se queda viendo visiones. ¿De manera que, entre las fantasías primitivistas de un John Zerzan –que aspira a regresar a una Edad de Oro pre-neolítica y a decir verdad aún más antigua, antes de que *Homo* degenerase en *Homo sapiens sapiens*, antes de despeñarnos por la sima del lenguaje articulado, la capacidad de simbolizar y la actividad artística⁵-- y las fantasías tecnoutópicas de un Robert Jastrow –que espera con

⁵ John Zerzan: *Futuro primitivo*. Numa Ediciones, Valencia 2001.

impaciencia el momento en que el desarrollo simultáneo de la informática y las neurociencias permitan aferrar el contenido de una mente humana, digitalizarlo y transferirlo al entretejido metálico de un ordenador⁶-- no cabría ningún camino intermedio? Se hace difícil de creer, ¿verdad...

Con el característico juego de prestidigitación que aparece demasiadas veces en la cultura contemporánea “tecnoentusiasta”, se nos dice que los avances de la tecnociencia, ese destino manifiesto del ser humano (p. 14), tornan obsoleta la ética antañona y hacen necesarias normas completamente nuevas. A veces, directamente, se propugna la eliminación de la moral para sustituirla “por otros instrumentos que nos sirvan para conocer y ordenar las acciones humanas: la racionalidad, la objetividad y el análisis científico” (p. 74), por supuesto inmaculadamente libre de valoraciones morales, igual que la propia posición de los autores, todo un dechado de racionalidad y análisis científico.

Los autores encomian su propia audacia emancipatoria que los llevó a arrostrar el riesgo de vestir pantalón corto en la Facultad soportando “críticas y burlas” (p. 98), puesto que “debemos arrinconar en el baúl de la historia las imposiciones imperialistas de la moral judeocristiana que, además de obligar a medio mundo a creer en su dios, se empeñó en vestir a poblaciones que habían prescindido del vestido por no necesitarlo” (p. 99). Verdaderamente, Nietzsche debía de pensar que sus propuestas de *transvaloración de todos los valores* llegaban algo más allá que el vestir pantalón corto de excursionista en medios académicos...

En otros pasos del libro se reclama, con gran alarde retórico, una ética de la transgresión de límites: “ante los avances científicos que acabamos de reseñar, se impone la construcción de una nueva ética que nos permita manejarlos adecuadamente. Una nueva ética que debe centrarse en dejar atrás la frontera de las tutelas divinas, (...) y que sólo puede ponerse en marcha a partir del momento en que arrinconemos todo lo genuinamente animal, (...) en desafío constante a las leyes heredadas de nuestra forma de ser” (p. 30). Para los autores *no hay nada entre la*

⁶ Robert Jastrow: *El telar mágico. El cerebro humano y la computadora*, Salvat, Barcelona 1993.

bestia y el ángel (desconocen por tanto, en mi opinión, lo más característico de la condición humana): “los neandertales ya usurparon la función de los dioses” (p. 30), aunque al mismo tiempo eran aún muy bestias, y ahora se trata, como hemos visto, de arrinconar todo lo animal en el ser humano. “Estamos abriendo la caja de Pandora, pero esperamos abrirla desde una humanidad que ha dejado de ser animal en lo que respecta a sus pasiones y deseos...” (p. 34): en una palabra, una humanidad que ha dejado de ser humana.

En efecto, Carbonell y Sala son asombrosamente reacios a la *condición fronteriza* del ser humano (enseguida aclararé lo que entiendo por tal). Su santo patrón es Prometeo, según queda explícitamente declarado por ejemplo en la p. 31. Lo que se opone al impulso prometeico de evacuarnos lo más expeditivamente posible desde la bestia prehumana hacia el ángel tecnocientífico queda descalificado como “reaccionario” a lo largo de toda la obra. Lo verdaderamente humano es la tecnología, mientras que con la cultura humanista no tendríamos sino elitismo conservador (p. 49)... Y ¿a quién se le ocurriría poner en duda que “la modificación técnica de nuestro genoma en la búsqueda del bienestar general de todo el género humano constituye el paso definitivo hacia la humanización” (p. 113)?

Privilegiar la técnica, minusvalorar el lenguaje

Los dos prehistoriadores catalanes *privilegian de forma sistemática, a lo largo de todo el libro, uno de los rasgos que nos hacen distintivamente humanos, la técnica, en detrimento de otros que son igualmente característicos, como el lenguaje, el arte y la capacidad moral* (o la conciencia de sí mismo y de nuestra condición mortal, por ejemplo; o la capacidad para el humor y el juego; o la extraordinaria sociabilidad...). “De entre todas las adaptaciones que nos hacen humanos proponemos la inteligencia operativa, es decir la aplicación técnica, como la más destacada y definitoria” (p. 7). “Técnica y proceso de humanización están indisolublemente ligados, porque es la inteligencia operativa lo que nos hace humanos” (p. 44).

Entre las relaciones sociales, el lugar de privilegio corresponde a las relaciones técnicas, y lo demás se ve como aditamentos más bien accesorios. Pero ni Carbonell, ni Sala, ni Berry dan *buenas razones para semejante reducción de la realidad mucho más compleja del ser humano a un homo faber magnificado*.

Hace casi medio siglo, Hannah Arendt había prevenido contra el peligro de una situación que ya comenzaba entonces a ser visible: “Dondequiera que esté en peligro lo propio del discurso, la cuestión se politiza, *ya que es precisamente el discurso lo que hace del hombre un ser único*” (las cursivas son mías). Como vemos, para Arendt lo decisivo no son tanto las elevadas capacidades técnicas del ser humano, sino más bien sus capacidades lingüísticas y simbólicas, en el contexto de su intensa socialidad. La pensadora continúa:

“Si siguiéramos el consejo, con el que nos apremian tan a menudo, de ajustar nuestras actitudes culturales al presente estadio del desarrollo científico, adoptaríamos con toda seriedad una forma de vida en la que el discurso dejaría de tener significado, ya que las ciencias de hoy en día han obligado a adoptar un ‘lenguaje’ de símbolos matemáticos que, si bien en un principio eran sólo abreviaturas de las expresiones habladas, ahora contiene otras expresiones que resulta imposible traducir a discurso. (...) Y cualquier cosa que el hombre haga, sepa o experimente sólo tiene sentido en el grado en que pueda expresarlo.”⁷

El *aún no somos humanos* de Carbonell y Sala en realidad quiere decir: *deseamos dejar de serlo cuanto antes*. Qué insoportable parece –también a estos dos profesores de la universidad tarraconense Rovira i Virgili-- la condición fronteriza del ser humano...

Sobre seres antropófugos y criaturas de frontera

“Los humanos”, escribe Bruce Mazlish, “siendo humanos, no quieren aceptar esta condición limitada. Aspiran a ser ángeles, si no dioses, pues es lo más cercano a la perfección que podemos imaginar. Mientras que Platón intentaba conseguir esa aspiración bajo la forma del filósofo, los pensadores más actuales aspiran a lograrlo bajo la forma de la máquina”.⁸ Los atributos de perfección, poder y resistencia frente al

⁷ Hannah Arendt, *La condición humana*, Paidós, Barcelona 1993, p. 16. (El original inglés se publicó en 1958.)

⁸ Bruce Mazlish, *La cuarta discontinuidad. La coevolución de hombres y máquinas*, Alianza, Madrid 1995, p. 256.

tiempo que antaño se adjudicaban a dioses y ángeles hoy se proyectan, efectivamente, sobre el mundo de las máquinas.⁹

Ser humano es una condición difícil: nos sentimos tentados de decir, a veces, que se define antes por el no ser que por el ser. No somos animales como los demás mamíferos, aunque en muchos aspectos sí que los somos. No somos sólo cuerpo, pero tampoco sólo psique. No somos sólo racionalidad y consciencia, aunque tampoco sólo inconsciente. No somos ni sólo naturaleza ni sólo cultura. En muchos aspectos, nos hallamos atravesados por escisiones a las que los más sensibles de nuestros pensadores y artistas han concedido una gran relevancia.

¿Qué es el ser humano? Desde hace milenios hemos intentado definirnos por nuestra relación de semejanza y diferencia con respecto a los animales, los dioses, y —más recientemente— las máquinas. Yo creo que en el ser humano no deberíamos ver *ni animal, ni dios, ni máquina, sino una criatura de frontera*. Mi propuesta es no huir de lo que en otros lugares he llamado el *ahí* de lo humano¹⁰: su *qué* sería un *ahí*, y éste se halla en la frontera. *Huimos de lo humano*, nos volvemos “antropófugos” por incapacidad de asumir nuestra condición de *criaturas de frontera*.

El nuevo utopismo capitalista como arte de la fuga

El poeta alemán Heinrich Heine, refiriéndose a la Inglaterra que fue cuna de la industrialización, caracterizaba a sus habitantes con esta inquietante observación: las máquinas parecen hombres y los hombres

⁹ Lo que no deja de tener su aspecto chusco, claro está. Escribe sin ir más lejos Vicente Verdú sobre *cyborgs*, y se hace eco de las generalizadas ilusiones de inmortalidad cifradas en la digitalización de la identidad personal (ya se sabe: memoria, inteligencia, emociones, etc, “traducidas” a lenguaje de ordenador y almacenadas en el disco duro de uno de esos cacharros). “Quedaremos tan a salvo en los próximos Días de Difuntos como ahora permanece palpitante e incorruptible ante la tumba el floreciente universo del ordenador”. Pero, hombre de Dios, ¿nunca ha visto usted un cementerio de automóviles? ¿Alguno de esos lamentables muldares para electrodomésticos en las afueras de uno de tantos pueblos españoles? ¿No tiene usted ninguna experiencia con virus informáticos ni interrupciones de suministro eléctrico de esas que entrañan pérdidas catastróficas de información? Sólo a los idiotas la vulnerabilidad de la carne humana les parece inferior a las bruñidas superficies de las máquinas, con su falaz promesa de permanencia. Un corte en la garganta acaba con la vida de un hombre o una mujer, pero un corte de luz acaba con las ilusiones de inmortalidad del *cyborg*. Allá los necios que prefieren engañarse fantaseando con un mundo sin entropía.

¹⁰ De una manera más literaria, traté algunos de los temas que se entrelazan en este ensayo en “Amistad con los errores” y en “Canciones allende lo humano”, dos capítulos del libro *Canciones allende lo humano*, Hiperión, Madrid 1998. Y una respuesta poética a estos interrogantes se esboza en *Ahí (arte breve)*, Lumen, Barcelona 2003.

parecen máquinas. Más de un siglo después, en un estadio posterior de la era industrial –el capitalismo “fordista”--, los seres humanos, modernos Prometeos con magnificados poderes de transformación y creación, ya casi parecían dioses:

“En este *novísimo mundo* que se proyecta ya hacia el futuro han dejado de existir los límites entre el día y la noche, entre luz y oscuridad. El bíblico acto de la creación del primer día ha sido anulado por los modernos descendientes de Prometeo. Para que no se detenga el moderno proceso de fabricación, los soles artificiales, que son los reflectores eléctricos, alumbran las fábricas de noche y de día. En casi todas las grandes ciudades de Norteamérica se encuentran mercados y almacenes que anuncian: ¡NO SE CIERRA NUNCA! (...) Y así va sucediendo con cada uno de los actos de la Creación que relatan las Sagradas Escrituras. El hombre crea materia artificial, construye cuerpos celestes para lanzarlos al firmamento sobre nuestras cabezas, crea nuevas especies de plantas y animales y lanza al mundo seres mecánicos, los *robots*, dotados de sentidos suprahumanos.”¹¹

El texto de Robert Jungk, reportero del “novísimo mundo futuro” que encarnan los Estados Unidos de comienzos de los años cincuenta del siglo pasado, recoge bien la actividad titánica del nuevo Prometeo absorto en su segunda creación del mundo¹², cuyo impulso no ha hecho sino crecer en el medio siglo siguiente.

En efecto: el impulso fáustico, prometeico o luciferino por dominar y moldear la naturaleza –incluyendo la propia naturaleza del ser humano--, que puede rastrearse desde hace mucho pero que sobre todo caracteriza a la era industrial, se extrema a partir la segunda mitad del siglo XX (dominio de la energía atómica, programas espaciales, experimentos de ingeniería genética...). Podemos hablar de un *nuevo utopismo capitalista* que, en su confrontación polémica con un pensamiento ecologista articulado sobre la noción de límite, exhibe su orgullosa voluntad de IGNORAR LOS LÍMITES.

Movimientos de fuga

¹¹ Robert Jungk: *El futuro ha comenzado*, Editora Nacional, Madrid 1955, p. 16-17. (El original alemán se publicó en 1953.)

¹² Para una revisión actual del mito de Prometeo, sin duda uno de los más ricos complejos de significación que en la tradición occidental han abordado la relación entre naturaleza, cultura y técnica: Gregorio Luri Medrano, *Prometeos. Biografías de un mito*, Trotta, Madrid 2001.

Creo que hay que concebirlo como *un movimiento de huida, para no enfrentarse con la cuestión de la finitud humana y los límites al crecimiento*. La cuestión de los límites tiene en efecto esa doble dimensión, antropológica y ecológica. El movimiento de huida “antropófuga” se materializa en diferentes intentos de fuga¹³:

- Huida de los límites al crecimiento económico: nuevos caminos para intentar proseguir la expansión, por ejemplo con nuevas fuentes de energía (fusión nuclear) y desafíos para la naturaleza entrópica de nuestro mundo (nanotecnologías).
- Huida del planeta Tierra: la fuga al cosmos.
- Huida de la naturaleza humana: creación de “post-humanos” mediante ingeniería genética y simbiosis hombre-máquina.
- Huida de la sociedad hacia el ciberespacio...

En todos estos casos (colonizar otros mundos, vencer la muerte, crear nuevas razas de seres humanos, etc.) podemos hablar de una *huida de la condición humana* (y sobre todo de sus rasgos de finitud), que ejemplifican de forma impresionante Carbonell y Sala en *Aún no somos humanos*. Frente a semejante movimiento de fuga, la opción ecológica estribaría básicamente en VIVIR DENTRO DE LOS LÍMITES (sin que esto suponga una concepción inamovible de los mismos ni enemistad hacia la tecnología como tal).

La fórmula de Sigmund Freud, *un dios protésico*¹⁴, resulta útil para aclarar lo que quiero decir aquí. *De lo que se trata no es de renunciar a las prótesis en una inimaginable regresión primitivista a lo John Zerzan*

¹³ Que me propongo explorar en un libro que estoy redactando en la actualidad: *Gente que no quiere viajar a Marte*, tercer volumen de la “trilogía de la autocontención” que inicié con *Un mundo vulnerable* (Los Libros de la Catarata, Madrid 2000).

¹⁴ “Diríase que es un cuento de hadas esta realización de todos o casi todos sus deseos fabulosos, lograda por el hombre con su ciencia y su técnica, en esta tierra que lo vio aparecer por vez primera como débil animal y a la que cada nuevo individuo de su especie vuelve a ingresar --*oh inch of nature!*-- como lactante inerte. Todos estos bienes el hombre puede considerarlos como conquistas de la cultura. Desde hace mucho tiempo se había forjado un ideal de omnipotencia y omnisapiencia que encarnó en sus dioses, atribuyéndoles cuanto parecía inaccesible a sus deseos o le estaba vedado, de modo que bien podemos considerar a estos dioses como ideales de la cultura. Ahora que se encuentra muy cerca de alcanzar este ideal, casi ha llegado a convertirse él mismo en un dios, aunque por cierto sólo en la medida en que el común juicio humano estima factible un ideal: nunca por completo; en unas cosas, para nada; en otras, sólo a medias. El hombre ha llegado a ser, por así decirlo, un dios con prótesis: bastante magnífico cuando se coloca todos sus artefactos, pero éstos no crecen de su cuerpo y a veces aun le procuran muchos sinsabores. Por otra parte, tiene derecho a consolarse con la reflexión de que este desarrollo no se detendrá precisamente en el año de gracia de 1930. Tiempos futuros traerán nuevos y quizá inconcebibles progresos en este terreno de la cultura, exaltando aún más la deificación del hombre”. Sigmund Freud, *El malestar en la cultura* (1930). En *Obras Completas VIII*, Biblioteca Nueva, Madrid 1974, p. 3034.

(el que quiera prescindir de las lentes graduadas y la cirugía cardiovascular, que tire la primera piedra), *sino de renunciar a ser dios*. Lo que está en juego no es dejar de ser una especie tecnológica, sino poner coto a la *hybris* tecnoentusiasta. *La salida no está por detrás, sino hacia los lados y por delante*.

Un proyecto ecologista de autocontención frente a un proyecto productivista de extralimitación

En el plano económico, con tal de no aceptar la noción de *límites al crecimiento*, el productivismo capitalista ingenia nuevas vías para proseguir tanto un *crecimiento extensivo* (la huida al cosmos, para colonizar otros planetas, primero en nuestro sistema solar y luego más allá) como un *crecimiento intensivo* (informática, biotecnologías y nanotecnologías). Pero este movimiento de huida, como acabo de indicar, va mucho más allá de la dimensión económica: pone en tela de juicio la misma naturaleza del ser humano.

La oposición entre las dos opciones –vivir dentro de los límites, ignorar los límites-- se visualiza muy bien atendiendo al ámbito de la energía: y es lógico que sea así, pues los diferentes sistemas o regímenes energéticos han sido y serán la base de los diferentes tipos de sociedad humanas. Así, las energías renovables, base de una posible sociedad ecologizada, exigen más tiempo y más espacio para su aprovechamiento que los “concentrados” de energías fósiles o combustibles nucleares, lo cual introduce necesariamente un elemento de autolimitación en la sociedad que opte por ellas¹⁵. Por el contrario, tecnologías como la fusión nuclear permiten seguir soñando con una civilización altamente energívora en expansión ilimitada.

Cabría hablar, por consiguiente, de *un proyecto ecologista de autocontención frente a un proyecto productivista de extralimitación*, al que también cabe referirse como *proyecto de autotrascendencia tecnológica*, atendiendo a ese doble impulso de abandonar la condición humana hacia lo extraterrestre y hacia lo transhumano.

¹⁵ Véanse los dos instructivos libros de Emilio Menéndez: *Las energías renovables. Un enfoque político-ecológico* (Los Libros de la Catarata, Madrid 1998) y *Energías renovables, sustentabilidad y creación de empleo. Una economía impulsada por el sol* (Los Libros de la Catarata, Madrid 2001)

Desarrollo contra progreso

El desarrollo neocapitalista es antagónico del progreso, clamaba justo antes de su asesinato, con desgarrada voz profética, Pier Paolo Pasolini. En un país civilizado el progreso sería “algo más que mero desarrollo, esto es, mecánica e irreversible destrucción de valores”¹⁶.

Hay un tipo de progresismo imbécil que consiste en no querer enterarse de que existe la entropía en el mundo físico, existen los antagonismos en el mundo social, y existe la pulsión de muerte en el mundo psíquico. No veo por qué tendríamos que entregar ninguna credencial emancipatoria a los autoengañados reos de semejante ceguera voluntaria. (La ceguera voluntaria suele estar cerca de la servidumbre voluntaria.) Quien no quiera tomar nota de que la noción de “progreso” necesita una reformulación profunda después de Auschwitz, Hiroshima, Chernobil, Bhopal, la fractura Norte-Sur y la crisis ecológica mundial, quizá sea algo peor que tonto.

Para unos, la humanización de los que *aún no somos humanos* se verificaría en la conquista de la Luna y el asalto al cosmos; para otros, en la pacificación de la existencia y –por ejemplo— la renuncia voluntaria al consumo de carne. El camino de Werner von Braun y el de Mahatma Gandhi no son el mismo camino.

Hominización, humanización

A mi juicio, y en una perspectiva bien diferente a la de los dos prehistoriadores catalanes, una de las tragedias mayores de nuestra época estriba en que el proceso de *hominización* biológica puede volver a ponerse en marcha artificialmente (merced a la manipulación genética y los fantasmas que la guían) sin que apenas haya comenzado el proceso de *humanización* sociocultural, que podría conducirnos hacia una civilización digna de tal nombre.

¹⁶ Pier Paolo Pasolini, *Cartas luteranas*, Trotta, Madrid 1997, p. 65.

El proceso biológico de hominización se detuvo —a efectos prácticos— hace más de 50.000 años. El proceso civilizatorio de *humanización* apenas ha comenzado, pero ya parece vislumbrarse su abrupto final, si verdaderamente nuestra breve historia desemboca en una era post-humana dominada por humanos transgénicos ansiosos por abdicar de su libertad, *cyborgs* y ordenadores. Lo humano, que fue sobre todo promesa, deseo y fugaz atisbo, podría pasar a formar parte de las promesas incumplidas.

Hay algo esencialmente redundante en las propuestas de quienes defienden —como la artista afincada en Vigo Marina Núñez, en la estela de la teórica feminista Donna Haraway¹⁷— que la intervención directa sobre el cuerpo humano, ampliando cada vez más la panoplia de prótesis cibernéticas, puede tener el efecto positivo de favorecer éticas de la hospitalidad y políticas de la diferencia. Simplificando: cuando me implantan un objeto extraño como un marcapasos, me abro a la alteridad, y con ello mi concepción de la identidad personal se verá saludablemente quebrantada.

Hay en esto algo redundante, decía: si la alteridad nos es constitutiva (y como mínimo desde Sigmund Freud para acá tenemos pocas razones para dudar que sea así), si estamos ya desde el inicio atravesados por lo otro, si el bosque del inconsciente adyace a las praderas de la consciencia, ¿qué necesidad habría de representar en el mismo cuerpo, con una intervención quirúrgico-informática, esa condición básica del ser humano? Hay en todo ello algo de sobreactuación. Es como si la “artista cyborg”, con toda su elaborada teorización sobre el valor de la diferencia, en realidad no tuviese ninguna experiencia inmediata de la misma (o bien: ninguna experiencia del inconsciente) y necesitase por ello “ponerla en acto” sobre cuerpos vivos.

El cyborg como metáfora, se nos dice. Pero mujer, pero hombre...: eso es más viejo que cagar sentado, con perdón. Desde la tradición oral bosquimana y la mitología griega estamos los humanos en eso; seguramente la lectura de las *Metamorfosis* de Ovidio nos ilustrará más al respecto que los ensayos de Hans Moravec. ¿Dónde la novedad?

¹⁷ Donna J. Haraway, “Manifiesto para cyborgs: ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX” (1984), hoy en Haraway, *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Cátedra, Madrid 1991, p. 251 y ss.

Perdonen la insistencia, pero me temo que, de nuevo, lo que se halla en juego es el horror por la condición fronteriza del ser humano.

Quizá Joseph Beuys, explicándole los cuadros a una liebre muerta, tenga más que aportar a las respuestas que necesitamos sobre la condición humana que los juegos informáticos de la artista cyborg... Quizá una consigna como TODOS SOMOS MINUSVÁLIDOS resulte más adecuada para los tremendos desafíos que la tecnociencia, la crisis ecológica y la fractura Norte-Sur plantean, a comienzos del siglo XXI, que TODOS SOMOS CYBORGS¹⁸.

Nadie que corra a toda velocidad tiene cabeza ni corazón

Recordemos aquella observación de Yeats que recoge también Canetti: “Nobody running at full speed has either a head or a heart”¹⁹. Es todavía más verdadera cuando se predica de un animal: cualquiera que haya jugado con un perro lo sabe.

Tírrale su pelota, y esperar que nos la traiga. El puro gozo del animal que es uno con su carrera y con la pelota, realizando los rapidísimos movimientos necesarios con coordinación perfecta, saltando elegantemente sobre los obstáculos y atrapando la esfera en pleno vuelo: hay pocos ejemplos más acabados de vitalidad, armonía y disfrute de la vida.

Imposible no participar con nuestra propia corporalidad en esa carrera a toda velocidad en la que ya no hay cabeza, corazón, cuerpo o pelota. Una de las cimas de la existencia: sin duda. ¿De qué otra ebriedad hablaba Franz Kafka en EL DESEO DE SER PIEL ROJA?

“Si uno pudiera ser un piel roja siempre alerta, cabalgando sobre un caballo veloz, a través del viento, constantemente sacudido sobre la tierra estremecida, hasta arrojar las espuelas porque no hacen falta espuelas, hasta arrojar las riendas porque no hacen falta riendas, y apenas viera ante sí que el campo era una pradera rasa, habrían desaparecido las crines y la cabeza del caballo.”²⁰

¹⁸ Esta última la profirió Marina Núñez en un programa educativo de la UNED, emitido por la segunda cadena de TVE en la mañana del 5 de mayo de 2002.

¹⁹ Elias Canetti, *El suplicio de las moscas*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid 1994, p. 101.

²⁰ Franz Kafka, *La condena*, Alianza, Madrid 1972, p. 56.

Podemos identificarnos con el perro en plena carrera; con el abejorro que explora el jardín; con la tormenta que se forma sobre el mar; incluso con la piedra, con la lentísima existencia secreta de la piedra.

Pero ¿por qué razón desear ir más allá, abdicar de nuestra humanidad, renunciar a nuestras posibilidades más específicas de cumplimiento? ¿Acaso el músico que interpreta a Bach no es equiparable al perrito tras la pelota? ¿El neurocirujano en plena operación? ¿El panadero amasando? ¿Por qué huir de nuestro difícil y fronterizo modo de existir, diferente del de la piedra, la tormenta, el abejorro y el perro?

La nostalgia de ser animales pre-humanos es simétrica del deseo de ser dioses. En épocas pasadas de la historia de Occidente, una tradición de pensamiento racionalista y dualista cuyas cimas son seguramente Platón y Descartes se abandonó a este deseo de lo divino cortando por una parte con un seco tajo lo corporal y lo espiritual, y sobrevalorando por otra parte la facultad humana de la razón, que en la vida del espíritu nos igualaba supuestamente a Dios.

En nuestra época, se sabe lo que esto del “ser como dioses” quiere decir: superhombres bajo la especie de los hombres-máquina, recreados por obra y gracia de la ingeniería genética y/o la robótica, integrados sin solución de continuidad en la “Megamáquina” tecnológico-social de Lewis Mumford.

Qué difícil mantenernos en ese lugar de frontera que es el nuestro: el de los seres humanos.

Galapagar (Madrid), agosto de 2003